

**PENSAMIENTO ECONOMICO DE
JOHN KENNETH GALBRAITH
(THE AFFLUENT SOCIETY)**

Por: Carlos Echeverri Herrera

El Profesor Jhon Kenneth Galbraith estuvo de visita en Bogotá, durante el mes de julio pasado, con ocasión de la cual dictó algunas conferencias sobre asuntos relativos al subdesarrollo económico y social y con especial al caso latinoamericano.

Con anterioridad a su preocupación por la economía e instituciones de los países atrasados, Gabraith había adquirido el gran renombre internacional —de que continúa disfrutando— con ocasión de los libros de la mayor importancia, especialmente originales y sagaces, de verdadero impacto en momentos de su publicación: “Capitalismo Americano” (el concepto del poder compensatorio) y “La Sociedad Opulenta”.

Un comentario sobre “The affluent Society”, estudio sobre el comportamiento económico dentro de la Sociedad Norteamericana, escrito por el doctor Carlos Echeverri Herrera. Consiliario del Colegio Mayor, con motivo de su traducción al español, se recoge en estas páginas, como homenaje al gran economista de Harvard, antiguo embajador de su país en Nueva Delhi y —como se ha dicho— reciente huésped de Colombia. (Nota de la redacción).

Al primer libro del consejero económico del presidente Kennedy, profesor de Harvard, John Kenneth Galbraith, traducido al español en 1956 —Capitalismo Americano— (el concepto del poder compensatorio), ha sucedido, en 1960, la publicación en el mismo idioma y por la misma editorial (Ediciones Ariel, Barcelona, de una nueva obra denominada “La Sociedad Opulenta” (The Affluent Society).

Sabíamos ya que el libro sobre el poder **compensatorio** explica las razones de la concentración capitalista en Estados Unidos y del favor que a este fenómeno dispensa el fácil entendimiento entre las grandes empresas monopolísticas y las organizaciones obreras a su servicio. Visto el carácter también monopolístico de las confederaciones sindicales —en cuanto vendedoras únicas de mano de obra— la situación en épocas de la expansión consiste que al cabo de momentáneas tensiones dentro del Monopolio bilateral que así se configura, las estructuras empresariales acaban por ceder a las presiones de los sindicatos, bajo la certeza de que el encarecimiento de los costos que ello implica, se trasladará sin tropiezos a la masa de consumidores, o se retrasladará a los proveedores de materias primas, especialmente agrícolas. De ahí que Ganbraith propugne afanosamente por aquellas fuerzas se organicen, cada cual en forma unificada y dinámica, para evitar los posibles abusos del Monopolio empresarial coalegado al monopolio obrero. Este sería el verdadero **poder compensatorio** en una economía de libre empresa, altamente desarrollada, como la americana.

Empero, donde el pensamiento de Galbraith aparece más fértil, original y maravillosamente expuesto, es en 'La Sociedad Opulenta', cuya versión aproximada tratamos de ofrecer en seguida.

La tesis central del nuevo libro de Galbraith consiste en explicar por qué la búsqueda de la producción al más alto nivel, sobre la cual se basa la teoría económica, en los países capitalistas avanzados, es por muchos conceptos contraindicada y enemiga del bienestar social.

Aún más: Ella deriva de un supuesto falso, o sea, la pobreza de los países rectores del mundo capitalista, en su actual grado de evolución. Ensanchar la producción de bienes materiales a toda costa era propósito explicable a fines del siglo XVIII y principios del XIX, cuando la economía industrial irrumpía con relevo de la mercantilista y de sus inmediatas predecesoras, la fisiócrata y la feudal. Entonces los países industriales de hoy eran pobres. Ciertamente era posible hallar determinada cuota mínima de gentes ricas. Pero las mayorías carecían de todo medio para solventar sus necesidades vitales. Hoy el asunto es diferente. En los Estados Unidos y en la casi totalidad de los países Europeos, el obrero ha superado con creces esas necesidades y en pocos hogares de clase media faltan el automóvil, el televisor, la discoteca a gusto de cada cual, la aspiradora, la nevera y otros bienes de uso, en cuya fabricación, nunca pensaron los bisabuelos. En Norteamérica el nivel de vida, es pues, óptimo, con excepción, claro está de situaciones de pobreza crasa y con todas ínsulas de subdesarrollo como la meseta de los Apalaches, el estado de Virginia West, etc.

Ya en lo anterior se advierte la incongruencia en el sentido de indicar a una "sociedad opulenta", que su mayor apremio es ensanchar su potencial productivo. "enriquecerse".

Siendo evidente el diagnóstico económico de pobreza, en los albores de la economía industrial, resultaba razonable cualquier terapéutica encaminada a eliminar tal situación de las naciones, así implicara subvertir muchas miras éticas en función del feliz desarrollo de la raza humana. De allí nacieron las más revelantes manifestaciones del "darwinismo económico".

"La ley de bronce de los salarios" de David Ricardo, por ejemplo, no fue otra cosa sino la escuela del pesimismo de Malthus sobre la posibilidad del crecimiento de la población, habida cuenta de los limitados recursos disponibles. Desacelerar el ritmo genético de la humanidad fue por mucho tiempo el remedio teórico contra la miseria. Y quizás por ello ahora vuelve a hablarse de tal fórmula en los países de la periferia económica.

Con todo, no fue solo el auge malthusiano a lo que dio lugar la pobreza, en su tiempo. El "darwinismo económico" acusó otras formas menos humanas todavía, al amparo de la libre economía del mercado que Adam Smith y Juan Bautista Say recomendaron como insustituible premisa para que las comunidades nacionales superaran el pauperismo. (Debe anotarse sin embargo que, en cuanto al mercado del trabajo, Smith estuvo inquieto desde un principio, por el posible deterioro de las condiciones del asalariado, salvo que optara por robustecer su organización y demás condiciones para negociar).

La mayor expresión del darwinismo económico, no es otra, por lo tanto, que la "Libre competencia". Sus víctimas, los incontables empresarios marginales y submarginales, los consumidores y los obreros. Su involuntaria criatura, la concentración capitalista, el monopolio, el oligopolio, el trust, el cartel. Su riesgo, la superproducción, el desempleo, "el pauperismo en la abundancia".

Pero a pesar del riesgo de la depresión —vaticinado por Marx como es bien sabido—, era preciso, dentro de la "sabiduría convencional" aun superada la etapa de la pobreza, insistir en el acrecimiento de la producción como objetivo a ultranza de los países capitalistas. Y así se siguen produciendo, más y más, toda suerte de bienes materiales y de placeres.

Como si fuera poco, el riesgo de la depresión se ha superado desde cuando Keynes enseñó que no basta una flexible política monetaria contra el desempleo, sino que había un remedio más directo, simple y efectivo, esto es, el gasto público aun con cargo al déficit, combinado o no con la baja de impuestos. Así las cosas, la "sociedad opulenta" ha continuado en los últimos años su

marcha hacia la producción, sin los temores de otros tiempos —en cuanto a depresión se refiere, claro está—, o sea dentro de suficientes márgenes de seguridad que permiten suponer más airoso la marcha.

Otro peligro —más explosivo aún— venía atribuyéndose como irremediable al régimen capitalista de producción. Tratábase de la desigualdad de los ingresos, combustible de la lucha de clases. Pero ocurre que el impuesto progresivo a la renta en Estados Unidos y en sus congéneres de Europa ha barrido aquel aspecto y ha servido para redistribuir el ingreso nacional, en grado muy considerable. Agréguese a ello que los bienes de uso en poder del hombre medio —su radio, su televisión, su vehículo— hacen menos manifiesta la disparidad de las fortunas y las rentas.

Piensesé por otra parte —anota Galbraith—, que los ricos empiezan a educarse y ser discretos. Muchos consiguen que se haga la menor publicidad posible sobre la riqueza ornamental de sus casas o la velocidad de sus yates, o el costoso esplendor de sus mujeres. Otros prescinden francamente de tales preeminencias, por temor a la envidia o al buen gusto reinantes entre sus vecinos.

También en este estado resulta, pues, menos vulnerable que en otros tiempos la seguridad de la marcha capitalista hacia la producción al más alto nivel.

Queda sin embargo, por resolver un persistente interrogante en torno a tan proceloso despliegue productivo y al “óptimo beneficio” de las empresas que lo impulsan y usufructúan. Este interrogante es la inflación que no siempre es sinónimo del superempleo de los factores.

Muchos métodos y aclaraciones teóricas se han formulado para evitar la inflación en los países ricos, del mismo modo que se han elaborado otros, tantos, para evitar la inflación en los países pobres, bien diferente esta de la primera en sus orígenes, como todo el mundo lo sabe. Sin embargo —limitándonos a la “sociedad opulenta”—, la inflación persiste en tanto que avanza la producción. Este es un hecho relevante en todo el mundo occidental, si bien cabe destacar como logros excepcionales en bien de la estabilidad de precios, algunos ensayos coherentes y en cierto grado positivos de la política monetaria neutralizante, como podría ser la de Erhard en la República Federal Alemana. Pero la excepción confirma la regla.

La inflación como fenómeno anejo a la mayores producción y productividad es, en el estudio de Galbraith, no solo la sobreentendida secuencia de la facilidad crediticia que la producción capitalista al más alto nivel ofrece al consumidor. “Comparece el comprador” es un capítulo sobre “inflación”.

Valdría aquel enunciado para que el lector se explicara de antemano los incontables sistemas de crédito, clubes, rifas, etc., con que se asedia al consumidor contemporáneo en los llamados “países de libre empresa”. Con excepción de las subsistencias, puede afirmarse que el abastecimiento de las clases medias y obrera se hace casi siempre, en la actualidad, por la vía del crédito. He aquí, pues, un nuevo lubricante de la inflación, desconocido, hasta hace pocas décadas.

Sin embargo, las facilidades de pago al consumidor son apenas reflejo de un asunto de fondo, el mayor aporte quizás, hecho por Galbraith, en busca de un planteo mejor de la teoría económica. Se trata de que ya esta teoría no puede descansar sobre la “soberanía del consumidor”. O mejor dicho, no puede hablarse ya que de la conducta del consumidor, los cambios en sus predilecciones, marca la pauta al empresario, para ensanchar o disminuir el producto o cambiar la línea en la industria, o cambiar de industria. A la inversa, la iniciativa la lleva ahora el empresario. Una publicidad minuciosamente planeada —que no prescinde desde luego del sondeo a las tendencias psicológicas subyacentes en la mente del gran público—, suele arrastrar la causa del comprador por nuevas pistas, de año en año. De ahí que los vehículos modelo 58 resulten psicológicamente obsoletos a principios de 1961. Lo mismo ocurre con los trajes diseñados en París o en Londres, para la primavera de cada año, referida a la del siguiente. Y detrás de los trajes, las zapatillas, los tonos de los cosméticos labiales y del peinado y los diseños de otras prendas. Sin haberlo pensado, el señor Freud tiene su elevado lugar en la escala de necesidades artificialmente creadas en el ánimo del comprador. Y al lado de la provocación del atuendo femenino, actúa una infinita gama de excitantes, de naturaleza farmacéutica y alcohólica, para que los ricos “gasten más” y la producción al más alto nivel siga su marcha.

Al lado, pues, de los métodos keynesianos para obtener el empleo masivo y la “seguridad” del sistema de libre empresa, y de los anteriores sistemas de precios mínimos y subsidios para garantizar ciertas actividades productivas actúa ahora, la refinada industria de la publicidad, para arrebatár la iniciativa al consumidor, gobernar sus gustos y evitar de este modo cualquier género de descompás entre la oferta múltiple y la demanda ansiosa. En 1956 los empresarios de los Estados Unidos gastaron casi US\$ 10.000 en publicidad. El cine, la televisión, el agente directo, la modelo entretejieron esta red portentosa para atraer al comprador.

Debe indicarse que esta ingente producción, en tal forma lograda, de bienes substanciales de uso y consumo —que desde luego, acelera en la medida que saben los economistas de los bienes de inversión— contrasta con los escasos recursos del sector público para gastos en bienes y servicios vitales. La producción se encausa en gran medida a la satisfacción del hedonismo

privado, con desmedro de servicios públicos indispensables, como la educación, la sanidad, la asistencia hospitalaria, la multiplicación y ensanche de vías de comunicación, el aseo de las calles.

Existe una sociedad opulenta, dentro de un estado relativamente pobre cuyos servicios básicos son, por ende, defectuosos e insuficientes.

Es este el más flagrante motivo de desequilibrio social que registran las economías capitalistas al más alto nivel.

Desde luego, el desequilibrio no consiste solamente en la descompensación entre lo que gasta el sector público y lo destinado a la producción por el sector privado. Más que todo reside en la diferencia de fines económicos que persigue cada sector.

La empresa privada piensa en términos de óptimo beneficio material, a través del precio, mientras el Estado debe actuar en busca de beneficios muchas veces intangibles de inmediato para la comunidad. La empresa privada no se interesa porque se acreciente la producción de aquello que no tiene precio, que no le "cuesta" al público, v. gr., la educación a cargo del Estado, la sanidad y numerosos servicios de seguridad social.

Entonces ocurre que la inversión en bienes materiales, acusa dimensiones excesivas, en contraste con una inversión mínima en el mejoramiento intelectual y físico del hombre. Si no fuera por la tensión de la guerra fría —dice Galbraith— el progreso científico, muchas de cuyas manifestaciones son "invendibles" acusaría a Estados Unidos niveles inferiores a los de la U.R.S.S.

Es menester, pues, corregir el contrasentido de las economías capitalistas al más alto nivel, en cuanto degradan al hombre como objetivo de inversión. "Cuando comenzamos por considerar las necesidades de quienes se encuentran ahora excluidos por accidente, inadaptación a desgracia, del sistema económico —afirma Galbraith— nos damos cuenta de que el remedio es convertirlos a ellos o a sus hijos en ciudadanos productivos. Ello equivale a decir que contribuirán a aumentar la producción total de bienes. Veremos una vez más que, incluso por sus "propios términos", la preocupación actual por la inversión material, en cuanto opuesta a la inversión humana, es ineficiente".

Pero la crítica al ideal de maximizar la producción de bienes materiales en los países económicamente avanzados, tiene en Galbraith aspectos más importantes.

Uno de sus argumentos es, desde luego, la utilidad marginal decreciente de los bienes producidos. Se puede prescindir de muchos de esos bienes marginales a costa de aumentar los gastos en "inversión humana".

Además, la mayor producción en sí misma no es el asunto más válido para los países económicamente avanzados. En las últimas décadas, la prédica en favor de aquella no se ha hecho tanto por el aumento del producto, como por el empleo y el ingreso consiguientes.

Para Galbraith, empero, el problema del empleo no es tan agudo como fue para Keynes. Entre otras cosas, porque gracias a Keynes la economía capitalista sabe a que atenerse en cuanto al control de las depresiones. Galbraith cree que, dado cierto límite de desempleo rutinario —hasta cuatro millones de parados en relación con una población activa de sesenta y siete millones en Estados Unidos—, la preocupación de la comunidad debe consistir en dotar a aquellos de ingresos suficientes, tanto mayores, cuanto más se encuentre el desempleo de aquel límite. Galbraith disocia, pues, en cierto grado, el empleo del ingreso. Siempre que este subsista para todos, no importa cierta cuota de desocupación.

La explicación consiste en que cuando el desempleo amenace tornarse de rutinario en crítico, un trabajador censante debe recibir de la comunidad un ingreso gratuito, que junto a lo que obtenga del seguro social de censantía, equivalga a su salario de tiempos normales. Se trata de un servicio adicional de seguridad social, para evitar depresiones por disminución de la demanda agregada.

Es importante que en sí mismo y para subsanar el vacío, de normal ocurrencia, entre la proyección y la efectividad del gasto público con idénticos fines.

Cuando el desempleo rutinario no amenace convertirse en crítico —un millón o algo más de parados, por ejemplo, en los Estados Unidos—, los subsidios gratuitos para aquellos pueden reducirse, y en caso de desocupación mínima hasta eliminarse para dejar en juego solamente las prestaciones del Seguro Social. Ello, porque tal estado no acusa recesión inminente, sino que es fruto de fricciones normales en el trabajo. Por lo tanto, es de suponer que los desempleos no durarán en dicha situación por mucho tiempo.

Huelga decir que por este aspecto Galbraith se acerca a la más reciente concepción de la seguridad social, según la cual está, en los países económicamente avanzados, debe desembarazarse de la difícil mecánica de los seguros sociales y ofrecer gratuitamente sus subsidios en todo grado de desempleo.

Pero, además, Galbraith considera que es conveniente cierta proporción —no crítica desde luego— de desempleados por cuenta de la comunidad. El ocio no siempre implica desperdicio social. En ciertos grupos —el docente, el investigador— es muchas veces básico para ordenar conocimientos, afinar técnicas o

disminuir las tensiones que deterioran la capacidad productiva del intelectual.

La anterior versión de la "Sociedad Opulenta" de John Kenneth Galbraith, me parece que recoge los principales pensamientos del autor. Es entendido que se omiten cuestiones de procedimiento, v. gr., sus recomendaciones de orden fiscal para redistribuir equilibradamente el gasto de la comunidad.

Desde luego no es un libro escrito para países atrasados. Pero no hay que olvidar que muchas ocurrencias de Keynes, quien tampoco escribió con miras a estos países, les ha servido, sin embargo, en su lucha contra el subdesarrollo. Lo mismo puede ocurrir con el pensamiento de Galbraith, quien tanto recuerda al maestro británico por su originalidad ideológica, su "heterodoxia" y su estilo medular e incisivo.

Por ello es justo el profesor Estapé, prologuista de la edición española de "Sociedad Opulenta", cuando revela la excelencia del libro, afirmando que "saber qué es lo que ocurre y lo que puede suceder en los Estados Unidos es una tarea suficientemente importante para consagrarle atención y esfuerzos", y "porque, de manera más o menos consciente, todos los esfuerzos económicos de las naciones menos desarrolladas se dirigen hacia una situación en la cual las advertencias de Galbraith cobraran una vigencia particular y concreta".



PRODUCCION E INVERSION

Por: Hernán Jaramillo Ocampo

Obstáculos para el Desarrollo

Dos son a mi entender los dos más graves obstáculos en las áreas subdesarrolladas para iniciar lo que se llama el despegue o sea el impulso económico inicial que les permita provocar un acelerado crecimiento del ingreso y con ello una modificación sustancial en los niveles de bienestar social de las grandes masas urbanas y rurales. La primera dificultad estriba en la necesidad que tienen actualmente los Estados modernos, por razones de la nueva dinámica social y por la presencia política de las masas, de atender con prontitud la justicia social sin haber alcanzado ni conquistado el nivel de desarrollo que permita generar una producción, un nivel de ingresos, una rata de ahorro que genera en forma espontánea esos índices de bienestar social. El pueblo quiere pan, empleo, techo, escuelas y esparcimiento. El Estado moderno está en el deber de garantizar esos mínimos ideales. Sin embargo, a un sistema económico que no ha logrado crear una alta producción por habitante le es muy difícil atender simultáneamente a la creación del ahorro y a la realización de programas y servicios que atiendan a esos niveles de bienestar. Las economías industrializadas lograron su tasa de crecimiento sacrificando en el Siglo XIX el bienestar social de las masas. Ese tratamiento o política está hoy vedada no solamente porque las masas no lo toleran, sino porque la justicia social impone que sea el hombre el término de referencia de todo programa económico.

La segunda dificultad se deriva del modelo de distribución de la riqueza y del ingreso. En las llamadas economías atrasadas un alto porcentaje de la renta se concentra en los grupos de alto nivel. A través del mecanismo de los impuestos directos el Estado vierte la presión tributaria sobre ese pequeño grupo. Esto es justo y casi indispensable desde el punto de vista de justicia social, pero como precisamente esa pequeña minoría es la que tiene capacidad de ahorro, con tal tratamiento el Estado está gravando la capacidad de inversión. Grandes masas reciben apenas un ingreso que no alcanza siquiera a atender sus consumos esenciales. Se trata de un simple ingreso de subsistencia. Mal puede, por lo tanto, el Estado gravar ese sector, pues con ello afecta consumos esenciales o sea lo que los tratadistas llaman el mínimo de bienestar social. Con tal esquema se provoca fatalmente una muy baja tasa de formación de capital. En otros términos si la presión fiscal se ejerce sobre los grupos de alto nivel de renta se compromete la capacidad de ahorro y de inversión de los mismos. En cambio si ella actúa sobre las grandes masas de bajo nivel de ingreso, se afecta los mínimos de bienestar social de las mismas. A Adler formula los siguientes comentarios sobre la situación que se ha descrito: "El dilema fiscal, dice, de los países subdesarrollados puede ser presentado de manera general como sigue: los impuestos al consumo no pueden ser crecidos porque el promedio de nivel de consumo es tan bajo que una restric-